

Interior. Salón. Día.

Un reloj digital de pulsera marca las 14:48 horas. Un niño de 13 años mira la hora, apuntando con su muñeca a su cara. Está sentado entre unos cuantos adultos, frente a una mesa llena de comida. A su derecha se sienta su madre, una mujer de unos 35 años, de aspecto corriente; a su izquierda está su padre, de unos 40 años, delgado y bastante calvo; junto a éste, presidiendo la mesa, se sitúa la abuela, una anciana que debe pasar de los setenta; y a la izquierda de ella está su tío, que luce algo de barriga y calvicie, frente a la pareja y al niño.

Mientras los adultos conversan -especialmente el padre, la abuela y el tío- algo que no distinguimos, aunque de evidente desenfado y alegría, el niño se muestra algo incómodo, aunque respetuoso, y un tanto aburrido. Da continuos vistazos a la televisión, evitando a su madre que le tapa la visión, y de tanto en tanto cambia de canal con el mando que tiene sobre la mesa. Los mayores siguen a lo suyo. La madre le advierte:

MADRE

Deja la tele.

Continúa la escena casi de idéntica forma. El joven no puede resistirse a echar algún vistazo al aparato.

MADRE

Venga, apágala.

El chaval pone mala cara, pero obedece sin abrir la boca.

NIÑO

Abuela, ¿puedo ponerme más de eso?

ABUELA

(Mientras le sirve con la ayuda del padre) ¿Te ha gustado?, come, come..., para un día que tienes apetito...

MADRE

De aquello también vas a comer ¿eh?, no te creas que

por comer más de esto, no  
vas a probar lo otro.

TÍO

Venga mujer, déjalo que coma  
lo que quiera...

NIÑO

Pero mamá...

MADRE

Que eso también está muy bueno,  
y lo ha hecho la abuela.

ABUELA

Que coma lo que quiera.

MADRE

Tiene que comer de todo.

PADRE

Venga, ya está, cómete eso  
y luego pruebas un poquito  
de aquello ¿vale?  
(Le da una colleja, cariñosa-  
mente, mientras el niño resopla).

Interior. Salón. Día.

Todos siguen en la mesa, pero alguno empieza a levantarse  
para llevar platos y traer algún postre. El niño sigue  
comiendo, aunque ahora lento y a disgusto. La anciana se  
levanta a llevar platos.

PADRE

(A la abuela) Anda, siéntate,  
ya lo llevo yo.

La abuela no hace caso, y su hijo le sigue, llevando  
otras cosas.

ABUELA

Quita, quita, que yo puedo.

En un instante se quedan solos el tío y el chaval, pues la madre también sale de escena. El tío sonríe mientras observa al chaval, y éste resopla sin parar, sin poder tragar. El niño le mira como pidiendo socorro. Sólo le quedan dos bocados, pero se le hacen interminables. Su tío se levanta y le quita el tenedor. Se los come por él, aliviándole, y le mira con cierta complicidad.

TÍO

Trágate eso, bebe un poco de agua.

La madre entra con un frutero lleno. De fondo se oyen al resto hablando y moviendo cacharros.

Interior. Salón. Día.

El niño mira la tele, que de nuevo está encendida, mientras saborea un pastelito en la mecedora que habitualmente usa su abuela. El resto bebe café. Sobre la mesa queda todavía algún plato pequeño con restos de fruta. El tío coge un pastelito, que parece degustar con devoción mientras da sorbos a su café. Siguen todos hablando.

El tío mira su reloj con cierta prisa. Al verle, el niño también tiene curiosidad y copia el gesto. La abuela parece contagiarse, y mira un reloj de pared que tiene enfrente, aunque de forma mucho más discreta. El tío se levanta.

TÍO

Bueno, tengo que irme.

MADRE

Qué turno más malo tienes, Alberto.

TÍO

Sí, y lo peor es que cuando te acostumbras a uno, vuelven a cambiártelo. Bueno, venga...  
(despidiéndose) Dame un beso, Mari.

Su cuñada le besa. Casi al mismo tiempo, le da la mano a su hermano.

PADRE

Cuídate.

Se acerca a la abuela.

TÍO

Dame un beso, mamá.  
Estaba muy bueno todo.

Ella sonríe. Él mira al niño.

TÍO

Chavalote, te llamo  
pasado mañana para lo  
del partido, ¿eh?

NIÑO

Vale, tío.

TÍO

Venga, hasta luego.

PADRE

Nos vemos...

El tío se marcha. De fondo se oye la puerta cerrarse.

ABUELA

Siempre va corriendo.

NIÑO

¿Es cierto que al tío  
lo encontraron de pequeño  
en una cesta?

Nadie responde. El padre sonríe porque no deja de  
hacerle gracia su inoportuna entrada.  
Se funde en negro.

Aparece gradualmente:

Interior. Salón. Día.

La misma mesa, y los individuos de antes.  
El padre se fuma tranquilamente un cigarro, y saborea un  
licor de manzana.

ABUELA

Pruébalo, Mari, está  
muy rico.

MADRE

No, no me apetece, gracias.

PADRE

Está muy bueno, prueba un  
poquito.

MADRE

No, no, de verdad.

PADRE

(A la abuela) Tampoco le  
sienta muy bien...

Pausa.

MADRE

Voy a fregar los platos.

ABUELA

No, mujer, ya lo hago yo  
luego, tranquila, yo puedo.

MADRE

¿Cómo va a fregar todo eso?  
Ya lo hago yo.

La abuela se levanta para evitarlo.

ABUELA

Pero si yo puedo hacerlo

luego, tranquilamente.

MADRE

Usted siéntese, hala.

PADRE

Ahora lo hacemos entre todos.

La madre sale de la estancia para disponerse a hacer lo comentado. Hay un momento de silencio muy íntimo. El niño es ajeno, sigue viendo la tele con el volumen muy bajo. La abuela y su hijo se miran. La abuela sonríe, y el hijo pone cara de cierta preocupación.

Corte a:

Aparece gradualmente:

Interior. Salón. Atardecer.

La abuela, que ya está sola, quita el mantel de la mesa, y lo guarda en un cajón. Pone un florero adornando la mesa. Mira alrededor, poniendo bien las sillas, cuidadosamente. Solo oímos el poco ruido que hace ella, y el tic-tac de fondo, que proviene del reloj de pared. El reloj toca los cuartos, y la mujer se sienta en una vieja mecedora, donde antes lo había hecho su nieto. Levanta un momento el trasero porque se percata de que se ha sentado encima de algo. Es un fajo de cromos de fútbol, atados con una goma elástica. Ella sonríe negando con la cabeza, y los deja sobre el mueble, a su espalda. Se sienta de nuevo, tranquilamente, cogiendo buena postura, y se cruza de manos.

Corte a:

Aparece gradualmente:

Interior. Salón. Noche.

La abuela, que duerme con la cabeza a un lado. Permanece en la mecedora. El tic-tac se del reloj cesa. La noche entra por los cristales, y sólo la luz de la calle nos deja ver la estancia. Detrás de la puerta hay oscuridad absoluta.

De pronto, un señor anciano y desnudo sale de esa oscuridad, entrando en el comedor. Se aproxima en

silencio a la mujer, lentamente. Acerca su mano (llena de arrugas y cicatrices) a la anciana, y le pasa con sumo cariño la parte externa de sus dedos por el rostro, despertándola. La anciana le mira, se incorpora, y le da la mano. Él se la coge, y ambos caminan juntos hasta la oscuridad que envuelve el lugar. Se alejan, entrando en ella, por el pasillo.  
Nos adentramos en esa oscuridad.